

Una vez más la Junta de Extremadura reitera su voluntad y apuesta por la sensibilización, la protección y el uso respetuoso de la naturaleza.

Las generaciones futuras, nuestros hijos y nietos, quieren leer y escuchar la voz de la naturaleza y del entendimiento de los seres humanos con ella. Para contribuir a satisfacer ese deseo y para conseguir una naturaleza accesible a todas las personas hemos querido que todos podamos soñar, cantar, leer, oír e imaginar en nuestras voces y en las de aquellas que nos aman; sólo así conseguiremos un mundo solidario en el que “lo importante es llegar todos juntos”.

Para acercar la naturaleza y sensibilizar a los más jóvenes la Consejería de Agricultura y Medio Ambiente ha realizado la edición de los cuentos ganadores en el VII Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura “El Medio Ambiente cuenta”.



Consejería de Agricultura y Medio Ambiente
JUNTA DE EXTREMADURA

El día en que todo desapareció



Juan Carlos Zambrano Boza

Juan Carlos Zambrano Boza

Nacido el 29 de abril de 1963 en Fuente de Cantos (Badajoz), donde reside actualmente.

Licenciado en Ciencias de la Información, rama Periodismo, por la Universidad Complutense de Madrid.

Trabaja desde abril de 1992 en el Periódico Extremadura. Actualmente es redactor jefe de Sección en Mérida.

Anteriormente, en la convocatoria de 1999, ganó el premio de narrativa infantil sobre medio ambiente de la Consejería de Agricultura y Medio Ambiente con "A Ignacio ya no le dan miedo los bichos", publicado por la Editora Regional. Fue el primer cuento infantil que escribió. Desde entonces, participa habitualmente en este certamen porque le atraen tanto la temática de este concurso como el convencimiento de que los valores medioambientales deben inculcarse desde la infancia, y siempre de una manera accesible y amena.

También ha escrito varios relatos para adultos, y tiene empezadas dos novelas.

Ganó el certamen de artículos periodísticos sobre el tres de alta velocidad de la Cámara de Comercio e Industria de Badajoz en 2003. Ese mismo año, fue finalista del concurso Francisco Rodríguez Arias de Periodismo, convocado por la Sociedad Económica de Amigos del País de Badajoz. En 2004, fue ganador del primer premio de este concurso con el cuento "Un árbol, en singular".

El día en que todo desapareció

Juan Carlos Zambrano Boza

Ilustraciones:

Pura Martínez Llarena

Juan Carlos Zambrano Boza

El día en que todo desapareció



© De esta edición:
JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente

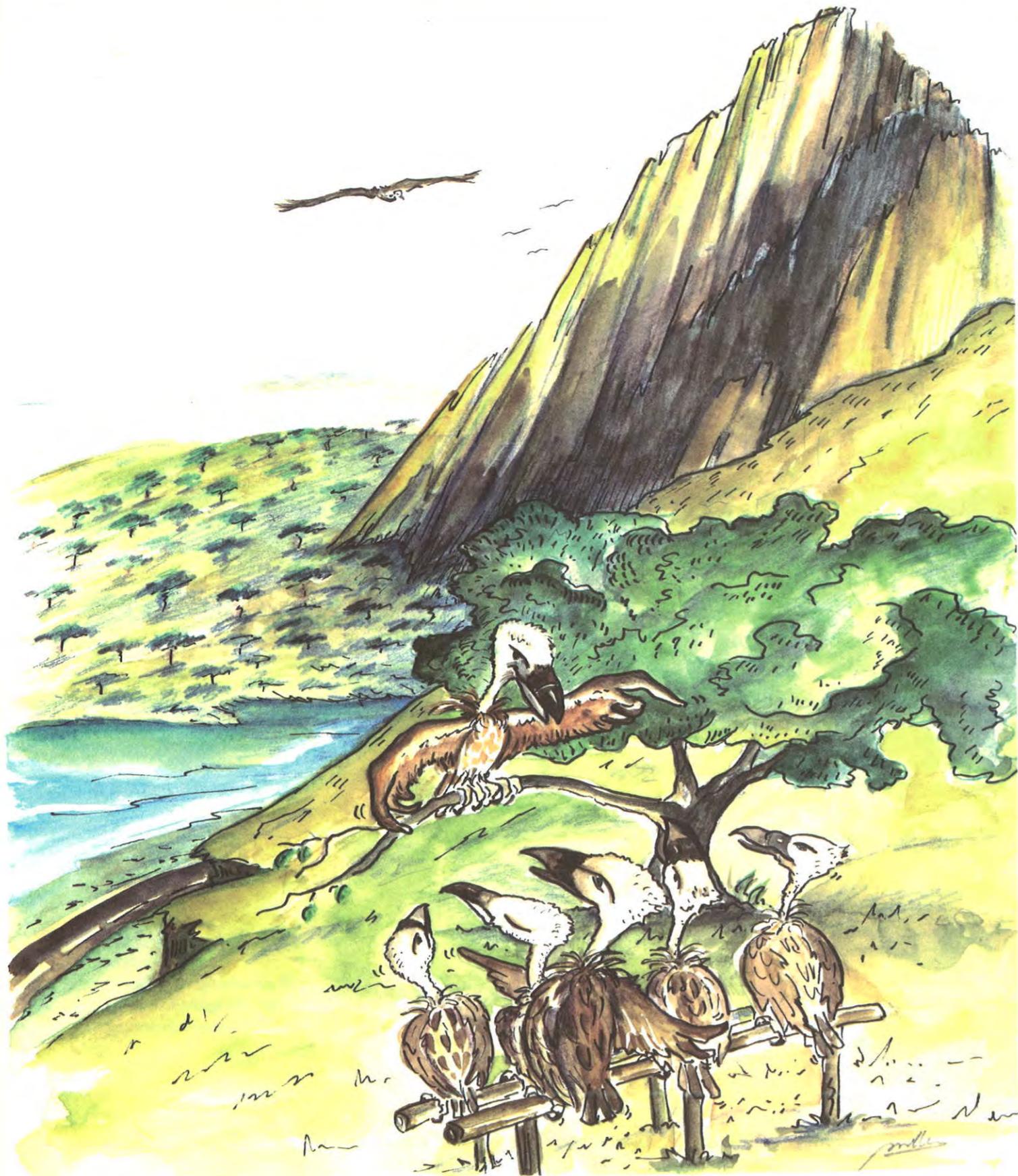
© Juan Carlos Zambrano Boza

© Ilustraciones: Pura Martínez Llarena

Depósito Legal:
BA-315/Mayo 2005

Publicaciones de la
Secretaría General
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente
Avenida de Portugal s/n.- 06800 MÉRIDA
<http://www.juntaex.es>

Consejería de Agricultura y Medio Ambiente



El día amaneció muy frío tras la helada de la noche. Era una de esas mañanas en las que el aliento se te hace nube y apetece envolverse en la bufanda hasta las orejas y salir a pisar carámbanos en los charcos y notar cómo se deshace la escarcha de la hierba al tocarla.

El cielo pintaba de un azul intenso y claro, y el aire era muy transparente, lo que permitía distinguir con nitidez los contornos de rocas y árboles hasta bien lejos. Quizá por eso le vieron enseguida, en cuanto apareció sobrevolando el farallón.

– ¡Ahí viene! –cuchicheó nerviosamente uno a su compañero de banco– verás la bronca que le va a caer...

– ¡Silencio ahí atrás! –regañó el maestro– os he dicho que la clase de hoy es especialmente importante para que no os pase nada malo, así que atended.

Los alumnos callaron, pero siguieron con la vista al que se aproximaba. Nada más superar la cumbre de la muralla de roca que se erguía contra el horizonte como el dedo de un gigante que quisiera tocar las nubes, encogió las alas y se dejó caer en un picado cada vez más veloz, trazando una ligera curva, paralela y muy próxima, inquietantemente próxima, a la caída brutal del Salto del Gitano.

Pronto fue muy difícil seguirle con la vista, porque su cuerpo se confundía, por instantes, con la pared de la portilla que tenía detrás. Estaba ya muy abajo, y seguía cogiendo velocidad, lo que hizo que los dos alumnos que le observaban soltasen una exclamación atemorizada al presentir la catástrofe. El maestro levantó de nuevo la vista, e iba a reñirles otra vez por interrumpir la clase, cuando se percató de lo que les tenía tan excitados. No dijo nada, pero se quedó mirando fijamente y repitiendo para sí, como si su consejo pudiese llegarle al otro: "corrige el picado, tú no eres un águila, aunque hayas aprendido bien su técnica. No te dejes dominar por la euforia de la velocidad. La roca puede cortarte el viento en cualquier momento y no podrás detenerte, ¡para ya la caída!"

Pareció que, de algún modo misterioso, estos pensamientos le llegasen porque, de golpe, abrió las enormes alas en toda su envergadura, y con un giro apenas perceptible en las plumas de las puntas, varió la trayectoria, aprovechando el impulso del descenso para emprender un velocísimo vuelo rasante, casi rozando las copas de encinas y acebuches, en dirección a donde se encontraban sus compañeros.

No se detuvo, sin embargo, cuando llegó al claro rocoso, sino que pasó de largo y, unas decenas de metros más allá, completó un brusco giro cerrado, y volvió para, ahora sí, descender y posarse tras otra difícil pirueta, que le hizo trastabillar un poco antes de detenerse.

Consciente de que al menos una parte de su espectacular vuelo había sido seguida con atención, comentó en voz alta con un tono engolado de falsa molestia: "No está mal, pero tendré que mejorar un poco el quiebro antes de aterrizar".

El maestro frenó con un gesto el amago de ovación que estaba a punto de estallar y, en cambio, reconvino al recién llegado:

– Llegas tarde, muy tarde, y sabías que la clase de hoy es especial, porque os preparará para salir fuera de El Recinto...

– Precisamente de eso quería hablarle... –intentó cortar el recién llegado.

– ...ino me interrumpas! –siguió airado el maestro–. Sabes que si no conoces y aprendes a distinguir los peligros de afuera, no se te dará permiso para salir. –y continuó en tono más calmado–. Bien, tus compañeros te podrán explicar con detalle lo que he estado diciendo. Sólo te comentaré lo esencial: Cada vez que salgas tienes que memorizar puntos de referencia para luego guiarte en el regreso. No te poses en los postes metálicos, porque si rozas con las alas los cordones que los unen, puede atacarte un fuego sin llama que llevan por dentro. No hagas vuelos rasantes donde haya postes metálicos, o podrías chocar con los cordones. Evita las zonas donde se hacinen las casas de los humanos, porque se mezclan tantos olores y colores que podrían aturdirte y quedarías indefenso. Huye si escuchas explosiones sordas, porque hay cazadores que no respetan sus propias normas y quizá intente herirte. No bebas agua estancada o que huelga o que esté turbia, ni comas animales sin mirar si pueden haber muerto de algo raro; a lo peor han sido envenenados y el veneno pasaría a ti. Jamás, por mucha hambre que tengas, comas en los basureros, porque pueden haber arrojado sustancias dañinas. Creo que eso es lo básico pero, de todas formas, al final de la semana os daré una lista con lo que debéis aprender.

– ¿Ha terminado? –preguntó el que había llegado tarde, con un tono respetuoso en la forma, pero con un retintín chulesco que no gustó nada al maestro.

– Por ahora, sí –replicó éste secamente–.

– Entonces le diré que podía haberse ahorrado su perorata, porque no volveré a clase... Un "¡Ohhh!" de asombro se escuchó en el claro.... Mañana mismo me voy de El Recinto, y no volveré. Estoy harto.

– ¿Que no volverás? –dijo desconcertado el maestro—Eres aún muy joven y no sabes lo que dices. Fuera la comida es escasa y los peligros muchos, al revés que aquí. El esfuerzo por evitar las trampas y la falta de alimento seguro que te volverán en pocos días débil y vulnerable, y entonces...

– ¡Eso sólo son cuentos de viejo! Fuera está la aventura, lo desconocido, las cosas maravillosas. ¿Y nos pide que nos quedemos siempre aquí? ¿Para qué? ¿Para sentirse acompañado? ¡Usted ya ha vivido! ¿Qué somos nosotros, a ver? ¿No somos, acaso, buitres leonados? ¡buitres-leones! ¡El ave más maravillosa, fuerte y astuta de cuantas existen! ¿Qué tenemos que temer? ¿Quién tiene nuestra fuerza? ¿Quién puede seguir un picado como el que yo acabo de hacer? ¿Por qué quedarnos aquí si podemos ir donde queramos?

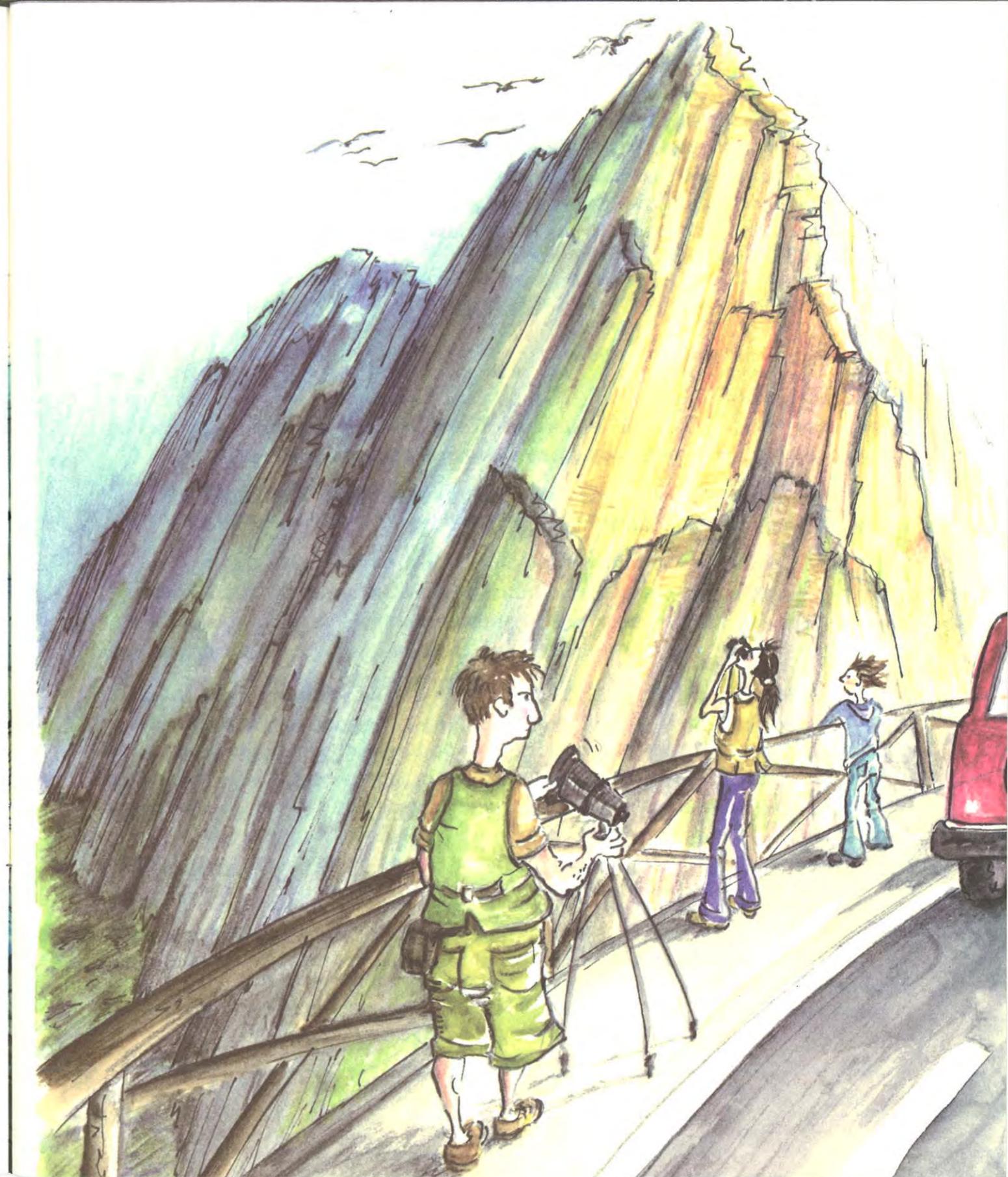
El tono de la discusión se había ido elevando, y el maestro trató de aplacar el acaloramiento, argumentando en tono sosegado:

– Nadie ha dicho que no puedas salir de El Recinto. Sólo trato de explicar que El Recinto es el lugar seguro donde refugiarnos. Es un sitio hecho para nosotros, al que siempre podemos volver. Fuera no es ni mejor ni peor, pero no está pensado para nuestra seguridad, y eso lo convierte en un ambiente que, en ocasiones, puede resultarnos hostil y peligroso.

– ¿Pensado para nosotros? Ojalá no existiese –replicó con rabia– Aquí tenemos que compartir espacio con las soberbias y estúpidas águilas, con nuestros feos primos los buitres negros, con antipáticas cigüeñas negras, con animalejos, por no decir alimañas, como garduñas, tejones y ginetas ¿Que nos dan la comida? Claro, para que estemos aquí en primavera, cuando todo se llena de humanos, mirándote a través de cámaras y prismáticos, robándote la intimidad y la tranquilidad, o apuntándote con el dedo al pasar y soltando sandeces como “mira, un alimoche” ¡Un alimoche! ¿Cómo se puede ser tan ignorante? –ya lanzado, continuó– El Recinto no es un refugio, es una jaula, y los barrotes son el miedo al exterior que tratan de inculcarnos los viejos que nunca han conocido otra cosa. No –dijo con firmeza– no me quedaré aquí. Me iré y ojalá muchos hagan como yo y todo esto desaparezca de una maldita vez.

El maestro le observó con calma antes de contestar:

– Me has llamado “viejo” dos veces, y eso no me ofende, porque es la verdad, la única verdad en lo que has dicho. Yo sí he conocido otros lugares, y he conocido éste antes de convertirse en El Recinto, cuando estuvo a punto de



ser destruido, no lo olvides. No puedes ni imaginar cómo sería esto sin el escudo invisible que nos protege. ¿Te incomoda que te miren con prismáticos y te apunten con el dedo? Se ve que no sabes cómo se pasa cuando te observan por una mira telescópica y te apuntan con una escopeta, como me ocurrió a mi, que estuve a punto de perder un ala por un disparo, y sólo el cuidado de los humanos aquí dentro me salvó.

Apenas se detuvo a tomar aliento, lo justo para evitar que le interrumpiesen:

– De cualquier modo, veo que no eres de los que escuchan, o, al menos, ahora estás demasiado enfadado para hacerlo. Quiero que reflexiones sobre lo que te he dicho. Que hables con otros y mañana, o cuando quieras, nos sentemos tú y yo y lo comentemos, con tranquilidad.

– No hay nada que comentar –apuntó tajante el joven buitre– me marcho y nada me hará cambiar de opinión.

A lo largo del día, muchos fueron los que se acercaron para intentar disuadirle, pero fue inútil. Agotado y enfadado por tener que explicar una y otra vez lo que a él le parecía evidente, que la libertad tiene riesgos, como la vida, pero renunciar a ser libre por miedo es lo más parecido que existe a la muerte, voló en busca de algún lugar recóndito donde nadie viniese a importunarle. Atardecía y el sol y el viento entretenían sus últimos momentos de la jornada jugando con las sombras de los árboles. Antes de ocultarse para descansar, el joven buitre planeó en amplios círculos sobre El Recinto, a modo de despedida.

El invierno tocaba a su fin, y a duras penas lograba frenar el empuje de la primavera que ya se anunciaba.

Los últimos rayos de luz sacaban reflejos cegadores de las charcas y arroyos, donde los animales comenzaban a bajar para beber antes de irse a dormir, y alargaban las penumbras que, como una manta protectora, iban ocultando en los farallones la colonia donde sus, hasta hoy, compañeros, anidaban.

Desde lo alto, pudo ver los brezos y cantuesos que pintaban el suelo de una gama de ocres, salpicados por las tonalidades de verde prestados al paisaje por las copas de encinas, acebuches y, más hacia el río, alisos y fresnos.

Hasta el castillo semiderruido y la vecina ermita, casi las únicas huellas visibles del hombre en El Recinto, aparte de alguna vereda o los chozos dispersos, parecían también formar parte armónica del conjunto.

Se dejó embriagar por la belleza mientras los sonidos se iban haciendo cada vez más tenues, a medida que los animales de luz dejaban su lugar a los de oscuridad, mucho más silenciosos en sus quehaceres.

Lejos comenzaban a aparecer puntos luminosos en los pueblos que circundaban El Refugio, rodeándolo de un cerco discontinuo como un corro de luciérnagas. Conocía, desde muy pequeño, los nombres de todos, por haberse los oído pronunciar a los hombres: al sur Torrejón, al este Serradilla, al norte, muy lejos, Malpartida, al este Serrejón, justo debajo Villareal.

Viendo la soberbia hermosura de lo que iba a abandonar para siempre, tuvo un instante de duda, pero enseguida se repuso. Más allá de estas fronteras, se dijo, habrá muchos lugares como éste, incluso superiores en belleza y, sobre todo, más emocionantes. “Yo tengo que buscar el mío” –se dijo– “Es ley de vida”. Terminada su simbólica despedida, en la que fue repitiendo los sonoros nombres de los enclaves que le resultaban tan familiares: Gimio, Malvecino, Tiétar, Corzo, Falcón..., se dejó caer hasta la covacha cercana al castillo, para pasar sus últimas horas allí sin ser molestado.

Aún tuvo tiempo de observar los dibujos que, se decía, fueron hechos por los humanos muchísimo tiempo antes. Eran trazos toscos sobre la



bóveda de roca, que representaban cazadores y animales. Así, mirando las paredes y pensando en lo único de lo que se arrepentía de su conversación con el maestro, aquello de “ojalá El Recinto no existiese”, se fue quedando dormido. No era justo, pensó en el momento en el que cerraba por fin los ojos, desear la destrucción de algo que agrada y hace feliz a otros.

Despertó con la extraña sensación de aturdimiento del que ha dormido demasiado. Una débil claridad lechosa se colaba por la boca de la cueva. Reparó, de pronto, en algo que hizo que el corazón se le acelerase y el miedo erizase las plumas de su espalda. Cerca de la entrada se veían restos de una lumbre ya apagada. Además, las paredes estaban tiznadas, ocultando en muchas partes las pinturas primitivas. Trató de calmarse: quizá todo estaba allí desde antes, y él no lo vio la noche anterior por el cansancio y los nervios de su partida inminente.

Con todo, avanzó con precaución hacia el exterior, temiendo a cada momento que alguien asomase por la entrada de la caverna, hasta que tropezó con algo que rodó por el suelo rocoso haciendo un ruido metálico que retumbó en la bóveda. Miró el objeto: era una lata abierta con restos, ya podridos, de comida humana. Pero había más. Observó con horror y desagrado que el suelo estaba plagado de más latas, bolsas de plástico, peladuras de fruta, basura.... ¿cómo era posible? En aquella parte de El Recinto no se permitía hacer fuego, ni acampar, ni mucho menos convertirla en un vertedero.

Un estruendo fuera le sacó de sus cavilaciones. Era como un fuerte petardeo continuo y, de vez en cuando, el ruido ensordecedor de algo rodando y golpeando las rocas. Se asomó atemorizado a la boca de la cueva. Resultaba difícil ver a distancia, porque la luz del sol apenas lograba traspasar una densa niebla, hecha de jirones espesos y hediondos de color algodón sucio, como nunca antes había conocido.

En el aire flotaba un olor desagradable, que se pegaba a la nariz y la garganta, y tenía la sensación de que le habían colocado una capucha sobre la cabeza, obligándole a respirar a golpes, como con espasmos.

El estruendo no cesaba, y localizó su origen al otro lado del roquedo, así que remontó el vuelo para ver qué pasaba.

Al principio, quedó tan afectado por lo que vio que su mente se negó a aceptar que fuese real. Pero allí estaba: un grupo de hombres cortaba los árboles con máquinas dentadas que echaban humo. Luego, los troncos caían con estrépito por la ladera, y eran izados con ganchos hasta enormes camiones. Una vez cargados, partían por una pista de asfalto que recorría el valle como una horrible cicatriz. El encinar mayor no estaba, y en su lugar crecían esos enormes árboles, los eucaliptos, donde los pájaros se negaban a anidar y que robaban el agua a las otras plantas.

¿Qué ocurría? ¡Aquello estaba prohibido! Dentro de El Recinto no se podía molestar a los animales con máquinas y menos aún cortar los árboles. Conocía casos de humanos que no respetaban el refugio, pero siempre acudían de noche en busca de caza, hasta que los guardianes les localizaban y eran expulsados. Ésto era mucho peor y, además, ¡a plena luz del día!

Sin saber muy bien a qué atenerse, voló al encuentro de los de su especie, al amparo de las rocas, pensando que allí encontraría una explicación. No estaban. Vagó inútilmente, caminando errático por los bordes de piedra, y les llamó, pero nadie respondió. Iba a marcharse, no sabía aún en qué dirección, cuando notó que le hablaban en un tono muy poco más alto que un cuchicheo.

– ¡Eh, tú! –dijo la voz– deja de llamar la atención o nos descubrirán a los dos.

El joven buitre tuvo que esforzarse para distinguir semioculto entre una roca y un raquítrico enebro, a un “primo” suyo, un buitre negro. Tenía bastante mal aspecto: encorvado y extremadamente flaco, había perdido plumas en



muchas zonas de su cuerpo, que dejaban ver la piel llagada y macilenta. Una de sus alas arrastraba por el suelo, doblada hacia la mitad en un ángulo antinatural y grotesco.

– ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Qué te ha pasado? ¿Qué está pasando? ¿Dónde están los otros? –preguntó atropelladamente, sin poder evitar una mirada de repugnancia hacia su “primo”–.

– Si dejas de disparar preguntas, intentaré contestar –repuso el maltrecho buitre negro–. Lo que soy salta a la vista. Intento sobrevivir. Me dispararon y perdí un ala. Está pasando lo que sabíamos que iba a pasar cuando eliminaron El Recinto. El resto murió o se marchó, no se dónde, porque creo que ya no quedan lugares seguros... ¡y haz el favor de no mirarme así, que bastante mal estoy para tener que soportar encima tu cara de asco!

– Perdona, pero estoy algo confuso, y además tengo hambre –musitó avergonzado– ¿Cómo te las arreglas para comer? Porque en tu estado no creo que puedas bajar a los comederos, y menos aún buscar animales muertos y luego volver aquí.

– ¿Comederos? ¿De dónde sales tú? No existen comederos –respondió el buitre negro, y siguió–. En cuanto a mi, como lo que puedo, insectos, alguna lagartija si tengo suerte... Como ves, una dieta de lo más apetecible. Por eso estoy cada vez más débil; por eso sé que no me queda mucho y casi deseo no ver otro amanecer.

– ¿Insectos? ¡qué asco! –replicó el otro– ¿Pero qué ha ocurrido? Nada es como lo recordaba, ni como lo dejé cuando me dormí anoche. Esto era un refugio, seguro para nosotros.

– ¿Anoche? Tú no estás bien de la olla, primo –contradijo con amargura–. De lo que tú me hablas, El Recinto, hace ya mucho tiempo que desapareció. Yo apenas lo recuerdo, y sé, sobre todo, lo que me contaron otros que fueron muriendo antes. ¿Has dicho que te metiste a dormir en la cueva? Siempre se ha comentado que allí dentro ocurrían cosas muy extrañas, por una

magia que olvidaron los hombres antiguos y que aún se manifiesta. Pero que alguien duerma tanto tiempo como el que parece haber estado tú fuera de la realidad, es lo más raro que he oído nunca. Trataré de explicarte lo que pasó:

“Como dices, todo esto, y mucho más allá, era antes, hace mucho, un refugio para nosotros. Todo lo que los humanos quisieran hacer aquí se condicionaba a nuestra tranquilidad y seguridad. Un día, algunos pensaron que no merecía la pena mantenerlo. Comentaron que aquí había muchos “recursos por explotar” (no me preguntes qué es eso, porque no lo sé) y que, en cambio, se estaba “gastando-el-dinero-del-contribuyente-en-salvar-cuatro-animaluchos” (eso fue lo que me contaron que dijeron), así que suprimieron el refugio. A los que protestaron, se les indicó que si querían conservar animales, que cogiesen unos cuantos y los metieran en un zoo. Eran muy fuertes, muy poderosos, gente de esa acostumbrada siempre a que se haga su voluntad, sin reparar en el daño que puedan ocasionar, y terminaron imponiéndose. Así empezó a decaer El Recinto.

No fue algo brusco, de un día para otro: la degradación comenzó lentamente. Alguien se construyó una casa en el lugar más bello, sobre el encuentro de los dos grandes ríos, y después otros muchos le imitaron. Comenzaron a venir los domingos, y como nadie retiraba la basura que dejaban, se fue acumulando, y como había basura, nadie se preocupaba de no arrojar más. Entraron cazadores y más cazadores. Los primeros aún venían a por algo concreto, un ‘trofeo’ le llaman, pero empezaron a escasear los animales, y los que siguieron disparaban ya contra todo. Dejó de preocupar apagar los incendios –incluso a algunos parecía agradarle que avanzaran para levantar casas sobre las cenizas del bosque- y el desierto se fue apoderando del valle.

Ya no importó que el agua se ensuciasse, y se instalaron fábricas, y luego más, porque el suelo era barato... y así, cada vez peor, cada vez más rápido, como una roca que cae por la ladera, hasta que llegó la guinda más amarga: esa niebla que has visto, ese olor que todo lo impregna, las talas de árboles... todo se debe a que alguien desempolvó de los cajones del olvido un viejo proyecto, frenado cuando se decidió proteger El Recinto, y colocó una fábrica de

papel aquí al lado, que verás si vuelas un poco hacia el Este, una fábrica que mata árboles y nos devuelve hedor y suciedad, enfermedad y muerte.

Fue la puntilla: hasta los humanos la odian y abandonaron las casas y dejaron de venir los domingos. El refugio fue quedando sin vida, y es como si alguien me hubiese dejado a mi aquí, como muestra de lo poco que queda, y de cuánto durará ese poco”.

A la explicación terrible y desesperanzada del buitre negro siguió un largo silencio. El joven buitre estaba bloqueado. La magnitud del desastre le superaba, y no sabía qué hacer ni decir. Al cabo, reaccionó de la única manera que sabía: sacando a relucir toda su rebeldía y su rabia, pero sin ser capaz de dirigirla.

– ¡No puede ser cierto! –replicó– ¡algo tiene que quedar! Lo que creo es que tú, herido y débil como estás, no has podido moverte de la zona degradada y te imaginas que todo está igual. Iré a buscar la parte que no esté dañada y luego vendré por ti.

– Haz lo que quieras –respondió el otro con resignación– pero yo que tú intentaría marcharme, porque aquí ya no hay nada seguro, y si te dedicas a vagar por ahí, te descubrirán, y entonces...

El joven buitre no le dejó terminar, para evitar que tiñese aún más de negro su pensamiento, y remontó el vuelo.

Se dijo que lo primero sería comer algo. Empezaba a sentirse hambriento y cansado. Además, mientras se alimentaba tendría tiempo para ir ordenando tantas malas noticias. Enfiló la zona donde normalmente encontraba la comida pero, tal y como le anunciase su “primo”, no la encontró. Sobrevoló una y otra vez los farallones sin lograr orientarse. Su olfato estaba inutilizado por el olor acre de la celulosa, y apenas veía entre el espeso humo

blanco-amarillento. Además, cuando lograba distinguir lo que había abajo, no lo reconocía: donde debería estar un bosque, encontraba casas que dejaban ver a las claras el abandono y la ruina; en lugar de espesos matorrales de cantuesos, alambradas que limitaban parcelas sin rastro de vegetación; la loma del Cerro Gimio parecía haber sido mordida por un gigante, y se distinguían junto a la mordedura enjambres de máquinas taladrando la roca; las tonalidades verdes y ocres habían dejado lugar a un tono uniforme y pardo; la cascada que había presenciado su espectacular picado... simplemente no existía, ahora por allí pasaban cordones brillantes y gruesos con los que estuvo a punto de chocar.

Incluso el Tiétar era apenas un regato de aguas sucias, más cloaca que cauce, sobre el que habían construido un puente y una carretera que soportaba el paso de los veloces camiones cargados ya o en busca de más madera.

Estuvo así un buen rato, con la palabra “páramo” golpeándole una y otra vez el cerebro, girando en círculos y sin saber qué dirección tomar. De pronto, vio en el fondo del valle, junto al regato, un animal muerto. Pensó que, fuese a donde fuese, tendría que comer algo antes de partir, y bajó.

Al descender vio que el animal parecía un caballo pequeño o un ciervo, pero estaba en tan mal estado que no se distinguía muy bien. Aquello le confirmó que nadie de los suyos andaba por allí, porque no hubiese permitido el deterioro del animal, y habría “limpiado” la orilla en un abrir y cerrar de ojos.

Probó un poco de la carne. No sabía demasiado bien, y recordó lo que decía su maestro: “aseguraos de que el animal que coméis no haya sido envenenado, porque el veneno podría pasar a vosotros”. Pensó que, de todos modos, era lo único que había, y que comería sólo lo justo. Picoteó con dificultad unos bocados que le dejaban un regusto ácido en la garganta, fuego en el pecho y una sensación en el estómago como de cristales o alfileres.



Luego se acercó al arroyo para beber y quitarse el mal sabor, pero lo que vio le hizo desistir: el agua de la orilla era de un color negruzco, ribeteada por espesa espuma amarilla, en la que flotaban bolsas, botellas y toda clase de desperdicios. Más al centro, el color del agua era de un inquietante verde metálico. Todo el cauce estaba regado de latas, neumáticos gastados. De los remanentes afloraban algunos troncos de fresnos pelados y sin vida, como dedos famélicos de alguien pidiendo ayuda.

Empezó a caminar para ver si daba con la charca que recordaba próxima, notando como a cada paso se encontraba peor. El malestar se inició por escalofríos que le recorrían todo el cuerpo, luego vinieron los mareos, la mirada se le nublaba, el estómago le dolía y sus piernas pesaban cada vez más. “No debería haber comido eso”, pensó.

Un rugido cercano le sobresaltó, y casi no tuvo tiempo para ver qué pasaba: sin darse cuenta se había metido en la carretera, y un enorme camión se aproximaba con un estruendo infernal. Apenas pudo remontar el vuelo para evitar el atropello. Notó el techo de camión rozando sus patas. Se quedó así un instante, muerto del susto y suspendido en el aire, hasta que tomó la decisión de volver junto al buitre negro para recuperarse y poder pensar qué hacer.

Localizó el farallón, cuyos contornos se le difuminaban por el mareo, y voló pesadamente en esa dirección, notándose cada vez más débil. Había comenzado a ascender cuando escuchó detrás el grito: “¡Ahí va uno!”, seguido de un estampido seco y, simultáneamente, algo le quemó en la espalda. Venciendo el dolor lacerante que le producía cada movimiento, trató de ir más deprisa. Otro estampido y, esta vez, vio como su ala derecha se doblaba y dejaba de ayudar. Perdió el control del vuelo y no pudo evitar el choque contra la pared de roca.

Luego rodó un trecho, golpeándose contra los salientes y notando a cada voltereta como si le estuviesen arrancando el ala herida. Al fin detuvo su caída entre dos piedras. Apenas podía moverse. Trató de incorporarse, pero fracasó. La congoja le aprisionó el pecho y lloró, lloró por sus compañeros perdidos, por El Recinto, por los lugares bellos que nunca llegaría a conocer, por los hombres irresponsables que destruyen lo que aman...



Cada vez más debilitado, se fue rindiendo, y notó que perdía el conocimiento. Los sonidos le iban llegando cada vez más amortiguados, pero aún pudo distinguir una voz conocida que le llamaba:

– ¡Vamos, despierta!

Trató de no hacer caso, pero entonces le gritaron más cerca, más fuerte, al tiempo que le zarandeaban.

Se obligó a abrir los ojos y vio, muy próxima, la cara del maestro.

– ¡Váyase o le cogerán! –trató de advertirle–.

– ¡Que despiertes ya! –insistió el maestro, sacudiéndolo con más fuerza–.

Al fin lo hizo. El maestro sonreía y él no podía entender nada. Estaba en la cueva y la luz se colaba clara por la entrada. Se miró el ala: estaba intacta. Tampoco sentía dolor ni mareo. El olor desagradable había desaparecido, y, en vez del estruendo y el retumbar de troncos contra las rocas, lo que oía era la creciente algarabía de los pájaros en los arbustos cercanos.

– ¿Qué ha ocurrido? –preguntó–.

– Has tenido una pesadilla y te he despertado porque rodabas como un loco hacia fuera y temí que cayeras.

– ¡Ha sido horrible! Soñé que El Recinto no existía.

– Lo sé, llevo aquí mucho rato. Por eso no te desperté antes. Quería que lo vieses por ti mismo.

– ¿Es así como ocurriría? El arroyo, la basura, el desierto, el hedor, la muerte... ¿así sería?

– Cada uno lo imagina de una manera. Yo también he tenido esa pesadilla, o una muy parecida, y lo peor es que también lo he vivido en algunos lugares lejanos –explicó el maestro, y agregó– Sin embargo, sí puedo decirte

una cosa, si piensas que ha sido horrible, te acercas a lo que podría ser, pero nunca podrás imaginar el desastre. No lo olvides, sólo has visto un reflejo de lo que sería.

– Nunca saldré de El Recinto –dijo el joven buitre muy convencido–.

– Eso tampoco es bueno –replicó el maestro– tienes que salir, que ver, que experimentar por ti mismo. Esa es la vida. Pero también tienes que ser consciente de los peligros que puedes encontrar, y aprender a evitarlos o, si no puedes, a afrontarlos. También tienes que aprender que El Recinto es un lugar donde refugiarte cada vez que te sientas amenazado. La semana que viene volarás lejos con tus compañeros, harás nuevos amigos, sentirás alegría y dolor, aprenderás a ver en los ojos de otros la sinceridad y la mentira, la honestidad y la doblez. Pero, ante todo, recuerda, siempre podrás volver para contar lo que has visto y para curar tus heridas.



**TÍTULOS PUBLICADOS
I Certamen 1996**

Primer Premio:
Antonio Gómez Hueso
"Negrocarbón y las siete gigantas"

Segundo Premio:
María José Guillén Rubio
"Avatar"

Tercer Premio:
Ramón Garrido García
"El árbol que sólo tenía una hoja"

Mención Especial:
Andrés Carballo Expósito
"La odisea de las hormigas"

II Certamen 1997

Primer Premio:
Andrés Carballo Expósito
"La hija del águila"

Segundo Premio:
José Antonio Palomo Molano
"Un tesoro en la Red"

Tercer Premio:
Ignacio del Dedo Rodríguez
"Un arca de palabras"

III Certamen 1998

Primer Premio:
Paloma Orozco Amorós
"Historias de otra tierra"

Segundo Premio:
Mónica de Castro Pardo
"...Sólo estrellas"

Tercer Premio:
Nieves Fernández Rodríguez
"Aladina y la botella maravillosa"

IV Certamen 2000

Primer Premio:
Juan Carlos Zambrano Boza
"A Ignacio ya no le dan miedo los bichos"

Segundo Premio:
Ana Galisteo Pérez
"El viaje de los animales"

V Certamen 2001

Primer Premio:
M^a Pilar López Ávila
"La leyenda del pájaro de ceniza"

Segundo Premio:
Juan Angel Parejo Sosa
"El bosque que nos enseñó a cantar"

VI Certamen 2002

Desierto

VII Certamen 2003

Primer Premio:
Juan Carlos Zambrano Boza
"Un Árbol, en singular"